

Alone

Amado Alonso



UNA conferencia sobre Valle-Inclán dió la voz de alarma a quienes, para vergüenza suya, lo ignoraban: Amado Alonso, un artista, en primer lugar, hombre de imaginación y sensibilidad, luego un filólogo de la escuela española, sabio y erudito, llamado a Buenos Aires para servir una misión como la que Bello trajo a Chile, cien años atrás. maestro en la plenitud de la palabra, estaba en Santiago dando clases para el Curso de Verano. Había dicho cosas originales y justas sobre los tiempos de los verbos; había desmontado la máquina gramatical con precisión de relojero; introducía el método psicológico, histórico y sociológico en la interpretación de la lengua! Y seguiría hablando.

Era preciso oirlo.

Pero antes digamos algo de aquella conferencia en homenaje al gran don Ramón. Mitad conferencia, mitad clase, con lo bueno de la una y de la otra, Amado Alonso habla sentado, sin énfasis, con reposante claridad y se ve que posee a fondo su tema. Lo estudia

hace años para dedicarle un libro: ahora analiza el estilo de las Sonatas, bien llamadas así por lo que tienen de música. Nota el ritmo melódico, señala el cadencioso pasar de los nombres y cómo el sonido refuerza el sentido. La prosa sonora y heráldica de Bradomin cobra todo su prestigio y, en seguida, se nos abre como una sucesión de cajas, cada una llena de sorpresas. Amado Alonso ama y comprende la música y por allí van casi siempre sus metáforas. Cuenta un recuerdo que prueba hasta qué punto vibra su instrumental nervioso y cómo el que escucha se identifica con el ritmo. La primera vez que asistió a la ópera, un tenor bastante malo llevaba la voz cantante; los arpegios le salían muy difíciles de la dura garganta. Al concluir la función declara que él, Amado Alonso, en su silencio atentísimo, había enronquecido. Lo dice para mostrar la correspondencia armónica entre el artista y el que mira, escucha o contempla su obra. El arte es, por esencia, un fenómeno de trasmisión de estados de ánimo, de identificación psíquica. Picando más hondo en el fenómeno valleinclanesco, se pregunta qué era lo que a don Ramón le importaba, qué creía de verdad, qué sentía adentro y sinceramente y, tras haber descartado los sentimientos aparentes: la nobleza, para él simple blasón decorativo; la religión, liturgia majestuosa y ostentosa; el conservantismo político carlista, caja de resonancia para actitudes tradicionales y arcaicas; la moral misma, pretexto de pecados magníficos, ante el vacío que se le presenta amenazador, toda una piedra

sólida: el sentimiento estético, el goce de la belleza por la belleza. ¿Esto es inhumano, hueco? Para muchos, sin duda, porque pocos sienten a tal grado el deleite de la forma; pero no a los ojos de quienes saborean ahí el gusto de la divinidad. Lo de siempre: somos diapasones afinados a cierto compás y sólo entendemos el que tenemos dentro, sólo podemos aprender y recibir lo que ya sabíamos, lo que ya teníamos...

Esa metáfora de los diapasones la dijo Amado Alonso como un poeta podría decir un poema: hizo sentir el alma sonora oculta en el metal e inerte a todos los llamados hasta que, de pronto, oyendo el suyo, descubriendo que algo suyo muy íntimo vibra afuera, sorprendida y captada se pone a cantar, como el pájaro que llama a su pareja.

Bien, dejemos la conferencia; ya formará aquéllo un libro.

También las clases esperamos que organizarán el suyo como un tratado y entonces podremos apreciar las que perdimos sobre el verbo. Nosotros alcanzamos a escucharle tres: los géneros, el pronombre y el diminutivo. Fueron tres fiestas gramaticales. No acostumbran unirse estos vocablos de gramática y fiesta; pero allí se juntaban por virtud del maestro. Un buen maestro es un hombre que realiza prodigios. Supimos que los géneros gramaticales—masculino, femenino, neutro—lejos de haber existido siempre, en todos los idiomas, son puras convenciones de fresca data en algunos y que en otros nada tienen que ver con asimilaciones al sexo. En

latín es posible fijar la fecha en que surgieron las terminaciones genéricas; las palabras padre y madre son anteriores a ese período. Algunas lenguas tienen dos géneros y ninguno es masculino ni femenino: uno designa los dioses, los héroes y los hombres; otro, las mujeres, los niños y las cosas... (Una ola de sonrientes protestas elevan las alumnas, en considerable mayoría, y el profesor las observa con malicia). Otra lengua tiene dieciséis géneros y ninguno es masculino, femenino ni neutro. Los géneros son un intento de clasificación del vocabulario. Algo enteramente convencional. El suelo es masculino. Bien. Pero la tierra es femenina. Y son lo mismo. El sol es masculino en castellano. ¿Quién lo dudaría? ¡El padre Sol! Y la luna femenina. Nada más femenino que la luna, suave, cambiante, pérfida, nocturna. Pues en alemán aquéllo se invierte; a los alemanes les parece naturalísimo decir doña Sol y don Luna y Rainer María Rilke compara al astro del día con una dama entrada en años que, al atardecer contrae nupcias de conveniencia con el viejo océano. El lenguaje, como las matemáticas, reposa sobre convenciones aceptadas que acaban por parecernos realidades primitivas, inmutables.

Por aquí podemos deslizarnos a los fundamentos teóricos de su concepción lingüística.

El profesor Alonso tiene y sostiene una idea del lenguaje.

Repetidamente insinuada durante el curso de sus conferencias, esta idea constituye la espina dorsal y el

nexo interior de su libro «El problema de la Lengua en América», editado por Espasa-Calpe el año 1935, y que consta de cuatro estudios similares: El Problema Argentino de la Lengua, Ruptura y Reanudación de la Tradición Idiomática en América, Preferencias Mentales en el Habla del Gaucho, Hispanoamérica, unidad cultural.

El problema de la lengua en América fué lo que trajo a Amado Alonso a fundar en Buenos Aires un Instituto de Filología. La enorme y repentina ciudad del Plata atraviesa por una crisis peligrosa en este capítulo esencial de la cultura. Ha crecido demasiado, con excesiva rapidez. Un siglo atrás contaba cuarenta y un mil almas; ahora aloja dos millones y medio. Pero esta multitud no ha crecido allí; ha invadido el terreno con la catarata inmigratoria más heterogénea. En el oleaje, la lengua casi está naufragando. No es, precisamente, que se hable mal: es que no se sabe hablar, el que se chapurrea, se titubea, se tartamudea. Y lo peor es que esto se hace sin ninguna vergüenza. ¿Por qué la masa argentina tendría ganas de hablar bien? En los más altos puestos, en las direcciones de oficinas comerciales, bancarias, administrativas, en las gerencias de los grandes negocios, en los salones relucientes, en todos los puntos de mira elevados hay hombres y mujeres magníficos que hablan pésimamente y su mala lengua no les pone obstáculo para nada. Consecuencias: se ha perdido el respeto a la norma. La ley misma; el mandamiento tácito: «hablarás correctamente» no existe. Tanto

no existe que, juntando los despojos de la jerga tanguente, basura de arrabal, se ha pretendido que, con el tiempo, su podría formar un idioma nacional argentino, se ha propiciado con argumentos pseudo-científicos ese crimen. Nada menos que la autoridad de Cuervo, imbuído en los prejuicios del siglo diecinueve, sirvió para apoyar la tesis. El siglo XIX, siglo de naturalistas, lo asimilaba todo a la evolución de las especies darwinianas y creía en el determinismo universal. Como los árboles, como las plantas, como los animales, las lenguas nacen, crecen, maduran, llegan a la vejez decrepita y acaban por morir, para dar nacimiento a otras lenguas. Así le sucedería, fatalmente, al castellano en América. Cada país tendría su idioma, complemento de su independencia. Amado Alonso dice que eso es falso. Y lo dice con toda el alma. El idioma será lo que nosotros queramos que sea, lo que nosotros, seres libres y conscientes, seamos. He ahí la verdad. Si hay determinismo, no lo conocemos ni tenemos por qué reconocerlo o inventarlo. Observemos los hechos. ¿Cómo podría Buenos Aires tener un idioma propio, suyo, autóctono y personal? De una sola manera: renunciando al comercio, cortando teléfonos y radios, paralizándolo los aviones, convirtiéndose en una pequeña aldea pescadora, desligada del mundo, sin correspondencia con nadie. Así hablaría a lo argentino y ya podemos sospechar lo que sería su idioma. Si Buenos Aires pretende ser una gran ciudad y Argentina una república máxima, no tiene más remedio que extender y universalizar su len-

gua, afirmarse en las mismas ramas del castellano, cultivar la tradición unitaria y huir del particularismo nacionalista asfixiante.

Porque—y aquí llegamos al núcleo de la teoría— el lenguaje, las palabras no son un rótulo superpuesto, no constituyen carteles que se pegan antojadizamente sobre las cosas para nombrarlas y reconocerlas. Esa era la idea del siglo XIX y la creencia del mismo don Andrés Bello, hombre de lógica intelectual; y de ahí manan todos los errores lingüísticos. El lenguaje es mucho más que eso: es el hombre íntegro, mental y sentimental, es el medio de que los pensamientos se organicen y de que los sentimientos adquieran forma y lleguen a la conciencia. Hay un impulso anterior a las atracciones o repulsiones que mueven la voluntad; pero son vagos, indefinidos, simples larvas sin eficacia. Para que cobren vida, no sólo para que se comuniquen a los demás, sino para que ante nosotros mismos se levanten y actúen, necesitan la armazón de la palabra, la corriente eléctrica, vivificadora, del verbo. Podemos decir palabras sin pensamientos; pero no podemos pensar sin palabras. Nunca sabremos hasta que límites llega la influencia del lenguaje sobre el individuo; porque para explicarla necesitamos servirnos de términos que no han sido hechos por nosotros, sino que vienen desde la historia remota a manera de un cauce. Dijimos que el profesor Alonso, era ante todo, hombre de imaginación y sensibilidad. Esta clase de cerebros no se satisface sino con figuras concretas. La imagen del cauce y del río

sintetiza las afirmaciones del teorizante y del lingüista. Dice: «El río labra su cauce; pero el cauce, en seguida, tiraniza al río». Así nos entendemos. Todo el caudal interior que proviene de las desconocidas profundidades sub-conscientes no puede aflorar a la superficie, no puede organizarse ni correr sino por un lecho predispuesto que es el lenguaje. Una lengua es un tratado de filosofía, una ciencia, una religión, una cosmografía y una cosmología, es un concepto de lo universal y de lo particular. Generaciones tras generaciones han formado el inmenso cauce, cada individuo aporta su gota de agua al torrente y procura desviarlo, ensanchándolo a su medida; algunos lo consiguen; pero, inmediatamente, el que viene detrás halla el hueco o la estrechura y tiene que conformarse a ellos. El cauce vuelve a aprisionar al río. Aunque libre —arbitrista— y católico—el profesor Alonso no puede menos de consagrar aquí una de las infinitas limitaciones que encuentra la libertad en su curso sinuoso. No somos libres para hablarles a los demás ni para dirigirnos a nosotros mismos y, tarde o temprano, las rebeldías individuales tienen que plegarse al molde tiránico impuesto de fuera, como las plantas que se pliegan o estiran, adaptándose, para salir al sol.

Citemos el texto;

Página 96: «... hemos dicho antes que los sentimientos y las valoraciones mueren de la preconciencia a la conciencia del porteño-masa. Sentimientos y valoraciones son, primero, más que nada, presiones

« por nacer a la forma: no tienen existencia de tales
« hasta que están expresados, lo cual no quiere decir
« comunicados a otros, sino hechos forma, traídos a
« conciencia. Por eso el expresar es siempre un acto de
« creación . . . El símbolo idiomático con que expresa-
« mos ese sentimiento lo fija, lo canaliza, lo cristaliza
« en una forma determinada. Con ello la vivencia pier-
« de su absoluta originalidad, aun para el mismo que
« la vive (el río labra su cauce y luego el cauce tira-
« niza al río); pero en cambio adquiere valor para la
« experiencia personal y para la economía del pensa-
« miento».

Fijemos la atención en este principio; de aquí deri-
van todas las enmiendas que la nueva escuela filológica
pone a la antigua y esta ley establece la actitud que
deben observar los maestros y también los críticos ante
las modalidades, regulares o irregulares, del lenguaje.
De cosa abstracta, lógica, algebraica o geométrica, el
idioma pasa a incorporarse al mundo de los fenómenos
vivos y complejos. Esto se sabía. Nada hay com-
pletamente nuevo bajo el sol. El año 1651—página
39—Fray Jerónimo de San José, autor de un *Genio*
de la *Historia*, admite que en cuestiones bíblicas no se
tiene que alterar el lenguaje «pero en lo demás no ai
« por qué atar los ingenios y elocuencia a la grosería
« del hablar antiguo . . . ». Y hasta teoriza bellamente:
« El estilo se muda como lo demás que está sugeto a
« tiempo, el cual haze renacer y envejecer vocablos,
« vistiendo en cada siglo la lengua y propio idioma de

« nuevas voces i frasis, como a los árboles cada año
« de follage nuevo. I a la manera que en los hombres
« la lozanía de la juventud se ríe del desaire de la ve-
« gez, y florece sólo la edad verde, así la de los voca-
« blos antiguos es despreciada de los que nacen y
« se crían a vista de los nuevos». Comparación her-
mosa y justa. Es preciso desarrollarla, extenderla. El
lenguaje constituye una obra de creación incesante en
que todos colaboran según sus fuerzas. ¿Cómo se han
formado los distintos idiomas nacionales? Por distintos
oleajes de modas o de sugerencias colectivas, por impo-
siciones de prestigios. Un hombre más inteligente que
los demás, con mayor fuerza de fantasía, más rico de
dones apreciados, pronuncia un día una palabra en
cierta forma, con tal entonación. Sus allegados lo ad-
miran y procuran imitarlo. Se forma un círculo. Este
círculo tiene prestigio y lleva la innovación a otras es-
feras: lejanos diapasones afinados al mismo són respon-
den y la novedad se afirma, perdura, llega a constituir
una costumbre, se trasmite y logra raíz de tradición.
Los rutinarios la respetan y defienden como precioso
legado de sus mayores; los espíritus rebeldes la comba-
ten y quieren sustituirla por otras. Es la eterna lucha
por la vida y la supervivencia de los más fuertes. Lo
mismo que con la pronunciación pasa con los vocablos.
Un fenómeno social hace nacer palabras desconocidas,
levanta unas, abate otras, añade a aquélla asociaciones
que antes no se le unían. La corte francesa del siglo
XVIII trasladábase durante el verano a una pequeña

región donde las eres adquirirían suavidad de ese. De regreso, toda la noble comparsa traía, como los colores o los perfumes del veraneo, el mismo suave silabear, que iba perdiéndose y acaba por extinguirse. Algunas palabras quedan como restos o señales. *chaise*, silla, decía *chaire*. *Chaire* no se utilizó en adelante sino como cátedra o púlpito, de uso escogido y limitado. La misma nobleza de Versalles pronunciaba «*poil*» y «*roy*» a la española, mientras el pueblo decía «*pual*», «*ruá*». Vino la Revolución. En vez de mirar hacia arriba, la democracia miró hacia abajo. «*Poil*» y «*roy*» fueron proscritos, guillotinado en la plaza pública y nadie, en adelante, pronunció sino «*pual*», «*ruá*», vocablos que acabaron por ascender y ennoblecerse, ni más ni menos que los revolucionarios triunfantes decorados con un título.

Estos simples ejemplos muestran el modesto papel de los diccionarios y el absurdo de las reglas gramaticales demasiado rígidas. El idioma es la historia, es el hombre mismo y no admite moldes absolutos.

Una ilusión lingüística generalizada es la que pretende igualar el lenguaje hablado con el lenguaje escrito y viceversa. Se le dice a un principiante: «Escriba como habla». Error. Son dos mundos, son dos sistemas de convenciones, estrechamente relacionados, pero que no deben ni pueden confundirse. El idioma hablado es la caldera bullente de las preparaciones, el terreno virgen donde todas las yerbas brotan, el gran mineral en bruto. Así es y conviene que así sea. El lenguaje escrito es la

expresión del espíritu, la traducción de las ideas y de las emociones elevadas, la fijación de las imágenes destinadas a permanecer y a servirnos de un modo durable. Entre una y otra esfera hay un intercambio constante. la lengua hablada vigoriza, colorea y nutre a la lengua escrita; la lengua escrita aclara, ennoblece y afirma la lengua hablada. No conviene que se junten; no conviene tampoco que se aparten demasiado hasta constituir reinos independientes. Analizando lo que ocurre en Buenos Aires, donde el vulgo satiriza las expresiones cultas—algunas tan comunes como la palabra «vehemente» por ejemplo—Amado Alonso dice: «Cuando la lengua hablada pretende desentenderse lo más posible de la escrita... se le distienden los resortes que la hacían mantenerse erguida y lista para la expresión de la vida superior del espíritu; y el resultado es que a su vez la lengua literaria que necesita de la oral de toda necesidad, la encuentra poco menos que inservible». Por eso, por el descrédito de la lengua culta, por el horror de la multitud a las formas finas, hay en Buenos Aires mayor número de escritores que escriben mal que en ningún otro país de América y los buenos constituyen minoría selecta, aislada y hasta sitiada por el mal gusto.

Una ligera ojeada a los viejos libros gramaticales o lexicográficos ilustra mucho este fenómeno. La *Culta Latiniparla* de Quevedo, año 1629, tacha de afectadas voces que corren hoy por todos los labios como «plagiario, estupor, estrépito, frustrar, ingrediente, pa-



tíbulo, descrédito». Juan de Valdés reprocha «rostro jocundo», porque sólo los latinistas la entienden. Y Vélez de Guevara, en el tranco X de su *Diablo Cojuelo*, manda borrar los términos «fulgor, libar, numen, purpurear, meta, trámite, afectar, pompa, trémula, amago e idilio» y llama a quienes los usan «traidores de la lengua materna». Seguramente empleaban ellos centenares de palabras, entonces comunes, hoy ininteligibles o totalmente cambiadas de sentido.

Llevada al vulgo, ese mismo espíritu ha empobrecido el lenguaje oral hasta la indigencia: unas cuantas palabras sirven para todo y, como el ánimo no se contenta, la expresión material viene en ayuda y ahí es el alargarse indefinido de las sílabas para sobre-varolizarlas, con esfuerzo de la mente y de la lengua.

* * *

Todos estas cosas y muchas que aquí no cabrían trata Amado Alonso en «*El Problema de la Lengua*» con una fuerza y claridad de método que hacen un placer de su lectura; porque este maestro no se contenta con decir a los demás que escriban libre y personalmente, dentro de las normas tradicionales y conforme al uso vivo: (Entre paréntesis, podríamos aprovechar la ocasión para defender aquella vieja definición de Gramática, tan combatida, que la hace consistir en «el uso de la gente bien educada») añadiendo la demostración el consejo, emplea un estilo a la par castizo y des-

envuelto, rico y lleno de sabrosas familiaridades, riguroso y hasta técnico, pero sin rastro de pedantería.

Fijando su «posición final» y reduciendo a fórmula el conjunto de sus enseñanzas, con relación a los escritores, toma los dos extremos de la cuestión y los acerca de este modo: «Para el poeta, el problema de la lengua es cuestión de vida o muerte vocacional, pues sólo llega uno a hacer valer su estilo, inscribiendo lo personal en el sistema fijado por la lengua literaria; pero, en castellano como en todo idioma culto, la lengua literaria tiene sus propias normas y su propia tradición, y el escritor que las desconoce se comporta como advenedizo, como gringo en el medio idiomático en que se mueve, y su única posible salvación es desgringarse y no predicar el gringamiento general». He ahí el término medio, el punto de equilibrio que cada cual resuelve según su sensibilidad y su gusto. Mucho acento personal reduce y obscurece, aísla y mata, demasiado apego a las normas, exceso de reverencia por la lección de los antepasados o por el imperativo de la costumbre, diluye el aporte original, lo disuelve en generalidades y lo condena también a muerte, por indiferenciado. En último término, cuestión de tacto, de medida. Los vocablos «gringo», «engringamiento»; «desgringarse» muestran uno de los límites a que Amado Alonso se permite llegar en sus libertades, y cuán lejos se halla así del purismo empobrecedor como de la rigidez lexicográfica.

«Dime qué metáforas usas y te diré quien eres» po-

dría parodiarse el axioma vulgar. Las de Amado Alonso lo presentan, generalmente, como lo que es en primer término, como un profesor; en seguida, denuncian claramente al hombre aficionado a la música, por los paralelos que descubre y entre el arte de la palabra y el de las notas, y luego como el hombre culto de nuestro tiempo para quien la mecánica existe y las máquinas no son desconocidas. Insiste por ahí en aporte personal de cada individuo al tesoro común de la lengua. Es infinito. Cada ser hablante, en cada frase que pronuncia, por poca personalidad que tenga o escasa pasión que gaste, insinúa una modificación posible del vocabulario y aun de la sintaxis. La inmensa mayoría de esas creaciones incesantes mueren acto continuo, pero, a veces, cuando son felices, cuando responden a una verdadera necesidad, cuando constituyen hallazgos de expresión o de construcción, la novedad se fija y «corre eléctricamente por toda la instalación idiomática» (pág. 187). He ahí una buena figura, nerviosa, precisa, que habla.

Esta calidad de estilo brillaba particularmente en las conferencias y, más todavía en las clases de Amado Alonso. Era el vigor unido a la exactitud, la sutileza aliada a la claridad, la ciencia nítida como un instrumento de cirugía y, al mismo tiempo, humana, sensible, imaginativa. Su análisis lógico partía un pelo en cuatro mitades, abstraía la esencia íntima y genérica, el significado recóndito; inmediatamente, de golpe, tornaba a lo plástico, a lo amable y a lo respirable: un

caso lleno de malicia, un ejemplo concreto, una poesía, una anécdota. El estudio no significaba para él sólo deber y trabajo, sino también goce. Y el auditorio participaba de ese goce.

Con el maestro español el humanismo recupera su sentido original y se vuelve esencialmente humano.

Al agradecerle su visita, hagamos porque vuelva.

Lo necesitamos.